José Granados
Juan de Dios Larrú
(eds.)

La perspectiva sacramental

Luz nueva sobre el hombre y el cosmos

didaskalos

COLECCIÓN

didaskalos

LA PERSPECTIVA SACRAMENTAL

Luz nueva sobre el hombre y el cosmos

José Granados
Juan de Dios Larrú
(eds.)

didaskalos

1.ª edición: octubre de 2017

Autores: © J. Granados, J. de Dios Larrú, J. Noriega, I. de Ribera Martín, L.Granados, C. Granados, L.Sánchez Navarro y J. A. Granados

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-29260-2017
ISBN: 978-84-17185-05-3

Maquetación y portada: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

Introducción: la hora de los sacramentos 11

I. El sacramento: desde Cristo a todas las cosas 17

José Granados

1. Punto de partida: el rito de Jesús 19
2. Del sacramento a la creación: la creación "bautizada" . 22
3. De la creación al sacramento: signos creaturales 26
4. La crisis moderna del simbolismo y el resurgir de la sacramentalidad 28
5. Sacramentalidad, cuerpo, relación 30

Conclusión 37

Bibliografía 38

II. Desvelar y Generar: La Sacramentalidad del Ser 41

Ignacio de Ribera

1. La palabra que desvela 42
2. La naturaleza que genera 46
3. La palabra que genera 50
4. La teleología y la sacramentalidad del ser 52
5. ¿Es razonable creer en los sacramentos?. 56

Conclusión 61

Bibliografía 62

III. El símbolo, camino real del cristiano. La imaginación y los sacramentos 63

Luis Granados

1. La llamada a caminar. 64
2. Los peligros del camino regio. 69

Págs.

3. La integración de la creación y la historia en los sacramentos 75
4. El camino de la imaginación: La mirada del rey 83

Conclusión 92

Bibliografía 93

IV. El signo del cuerpo y el símbolo del corazón 95

Juan de Dios Larrú

1. Introducción 95
2. La actualidad de la sacramentalidad 97
3. El cuerpo, signo de la persona 103
4. El símbolo del corazón y la promesa del amor pleno . 106

Conclusión 109

Bibliografía 111

V. El signo de la creación y de la alianza en el Antiguo Testamento 113

Carlos Granados

1. Tipos de signos en el Antiguo Testamento 114
2. Los signos de la alianza 117
3. Los signos de la creación 126

Conclusión 129

Bibliografía 131

VI. La eucaristía, alimento de inmortalidad 133

José Noriega

Introducción 133
1. El proceso de espiritualización de la Eucaristía 134
2. El contexto culinario hebreo y la novedad cristiana . 139
3. El proceso del comer y su teleología: la asimilación. . 142
4. La teleología de la Eucaristía: la divinización 145

Conclusión 150

Bibliografía 151

Págs.

VII. El misterio del pan 155

Luis Sánchez

1. Pan, creación y alianza. 155
2. El pan, signo de salvación 158
3. El "crecimiento" del pan 160
4. Jesús y el misterio del pan 162
5. La Eucaristía, *mysterium panis*. 165
6. Jesús, pan y Logos 166
7. "El pan nuestro de cada día…" 168

Conclusión: el camino del pan, el pan para el camino . . 169

Bibliografía 170

VIII. Generar en otros una visión sacramental. Apuntes para una pedagogía sacramental 173

Juan Antonio Granados

1. El arte de vivir: reconocer el relato propio y colmarlo. 173
2. Calar hondo: el símbolo como lugar y tiempo de alianza. 176
3. El cuerpo, símbolo que interpreta el espacio y el tiempo 178
4. La pedagogía sacramental: incorporarse al relato simbólico que genera vida 180
5. Luces para enfocar los sacramentos en la niñez 185

Conclusión. Incorporar la vida de Cristo 196

Bibliografía 198

Introducción: la hora de los sacramentos

Dice la famosa *Carta a Diogneto* que los cristianos no se distinguen de los otros hombres por el país de origen, la lengua, vestidos o alimento. Se reparten por todas las ciudades, habitando el espacio que ha tocado en suerte a cada uno, aceptando sus leyes y costumbres (*A Diogneto* 5,1-4). ¿Nada les diferencia, entonces, de los demás? Muy al contrario, precisamente ahí, en cada oficio que ejercen y en cada lugar donde moran como peregrinos, la fe inaugura horizontes insospechados. La misión de ellos consiste en que todo lo terreno, todo lo corporal, pueda llenarse de una unidad nueva y viviente, que dirige todo a su meta última en Dios. Por eso se dice que son como el alma en el cuerpo del mundo (cf. *A Diogneto* 6).

La epístola, escrita por un cristiano desconocido en el siglo II para presentar el cristianismo a un pagano, atrae a los fieles de nuestro tiempo, que se ven reflejados en ella. Pues parece que ocupamos un lugar gemelo de la historia, donde las costumbres evangélicas luchan en minoría, entre razas y usos muy diversos.

Ahora bien, algo se nos suele escapar de este pasaje famoso de la *Carta*, donde la función de los cristianos en el mundo se compara a la del alma en el cuerpo (*A Diogneto* 6). Y es que el texto tiene un significado cultual. El autor, en efecto, ha comenzado explicando en qué consiste el cristianismo, y para ello se ha distanciado, tanto del culto pagano como del judío. Pues mientras el primero confunde a Dios con los seres de este mundo hechos por manos humanas (*A Diogneto* 2,2-11), el segundo parece pensar que Dios tenga necesidad del hombre y de sus ofrendas (*A Diogneto* 3-4).

¿Cuál es la alternativa que ofrecen los cristianos? Ellos viven en el mundo, decíamos, como alma en el cuerpo. Para interpretar esta imagen se ha propuesto usar como trasfondo interpretativo las palabras de Jesús a sus discípulos, llamándoles "sal de la tierra" (Mt 5,13). Pues bien, aparte de su clara referencia al sabor, esta comparación evoca un contexto litúrgico: la sal era necesaria para ofrecer el sacrificio (H.I. Marrou, *A Diognète, Sources Chretiennes* 33 [Cerf, París 1951] 146-149). El culto de los cristianos es, por tanto, el culto de la vida misma, de la presencia y trabajo en el mundo y en la sociedad de los demás hombres, pero precisamente con vistas a dilatar esta existencia, a mostrar la unidad armónica de todas las cosas y su dinamismo de apertura hacia un "más", hacia su plenitud en Dios. La epístola *A Diogneto* sigue así la tendencia común en el Nuevo Testamento, que usa el vocabulario cultual para hablar de actividades corrientes de los cristianos, llamados a ofrecer sus propios cuerpos como hostia viva (cf. Rom 12,1-2).

La inspiración para tomar este punto de vista no puede haber nacido sino de la Eucaristía. Allí Jesús realizó un acto de culto que estaba todo él referido a su vida concreta en la carne, que era una vida ofrecida al Padre para rescate de muchos. En esta acción el Maestro asumía la realidad creada, escogiendo pan y vino y refi-

riéndose al cuerpo y sangre del hombre. Inventaba así, a partir de los ritos del Antiguo Testamento, un modo de situarse en el mundo, unificando el cosmos y la historia, y abriéndolo hacia el Padre, origen y plenitud de todo. E inauguraba un punto de vista sacramental, el recogido precisamente por la *Carta a Diogneto*, que hace también referencia al cuerpo —un cuerpo que incluye en sí el cosmos y la sociedad— santificado por la presencia viviente de los cristianos, que mantienen unidas todas las cosas.

De modo semejante a la sociedad romana de los primeros siglos, también la nuestra corre el peligro de perder su cohesión interna. Por un lado, reina un individualismo donde se difumina la preocupación por la vida común, y cada uno busca el interés privado. Además, falta vigor que conduzca la historia hacia una meta: no se cultiva la memoria que nos haga recordar un origen bueno y decae la esperanza en el futuro, hacia el mundo que dejaremos a nuestros hijos. En todo esto se va perdiendo la experiencia de un hogar, de un lugar habitable que el hombre necesita para ser él mismo y para desarrollarse, "como un árbol plantado al borde de la acequia [que] da fruto en su sazón, no se marchitan sus hojas..." (Sal 1,3). Todo esto ha llevado al desencantamiento del mundo y a la desacralización de todos los ámbitos, propias de la era moderna, que obligan a pensar de nuevo a fondo este punto de vista sacramental (K.-H. Menke, *Sacramentalidad. Esencia y llaga del catolicismo* [BAC, Madrid 2016]).

Si la "ligereza" posmoderna lo afecta todo (G. Lipovetsky, *De la ligereza. Hacia una civilización de lo ligero* [Anagrama, Barcelona 2016]), es claro también que las fuerzas disgregadoras mencionadas amenazan a la misma Iglesia. También Ella está expuesta a la tentación de halagar el oído y el sentimiento de los hombres, cantándoles canciones agradables, que calienten el corazón pero no muevan a la obra, como pedían los judíos del destierro a Ezequiel (Ez 33,32).

También Ella podría pensar que la evangelización se simplifica si la concentramos en consolar el sentimiento subjetivo de las personas, sin intentar tocar el modo concreto en que se relacionan y organizan su tiempo, su trabajo, su presencia en la sociedad. También Ella corre el peligro de creer que el entramado del mundo corporal y terreno, que los cristianos, según Diogneto, tanto aman (*A Diogneto* 6,6), es en realidad un obstáculo del que hay que liberarse, para que nuestro espíritu vuele desembridado por las regiones de la libertad absoluta.

Este libro quiere tratar estas cuestiones, cruciales para la fe cristiana. Y sitúa la clave, como hacía el autor de la *Carta a Diogneto*, en el método sacramental que, a partir de la Eucaristía y de los demás signos salvíficos de Jesús, se extiende como entramado portante de toda la Iglesia y como su modo de presencia en la sociedad. He aquí la tierra feraz que, como a un árbol afortunado, permite al hombre crecer y dar fruto.

Y es que los sacramentos nos enseñan un modo de situarnos en el mundo. No son actos del sujeto aislado, sino lugares de comunión, que inauguran espacios habitables para que nosotros los sigamos construyendo. Son, por ende, lugares dinámicos, desde los que se aprende a recordar el origen y a ver crecer las semillas hasta su fruto último, en esa comunión que nos une entre nosotros y con Dios. En ellos Jesús nos ha dejado como herencia su mismo modo de instalarse en el mundo y el ritmo para marchar por él. Desde ellos la Iglesia puede hacerse presente en modo nuevo en la carne de la creación y de la sociedad, para vivificarla como el alma vivifica el cuerpo.

Siguiendo esta lógica, no hablarán estas páginas directamente de los sacramentos como celebraciones litúrgicas, sino como puntos

de vista que permiten entender todo lo cristiano y todo lo humano. En los sacramentos aprendemos aquello que se ha llamado "la perspectiva cristiana" (cf. Julián Marías, *La perspectiva cristiana* [Alianza, Madrid 1999]), es decir, un modo de situarse en el mundo para comprender de modo nuevo el orden de las cosas y su marcha por el tiempo.

Los distintos capítulos recorrerán diversos aspectos de esta lógica sacramental. El punto de partida (J. Granados) es eucarístico. Es Jesús, en la celebración de su rito, quien nos descubre la perspectiva sacramental. Ahora bien, dado que la Eucaristía, como hemos notado, asume en sí el pan y el vino, y dado que se refiere al cuerpo y sangre del hombre, desde ella se nos desvela toda una visión del cosmos y de la vida, que comparte las coordenadas eucarísticas.

Esta perspectiva permite mirar a todo el universo con ojos más profundos, descubriendo su capacidad para generar algo más allá de sí mismo: la lógica propia de los sacramentos indica cómo se organiza el entero mundo creado (I. de Ribera). Por otro lado, para captar esta mirada sacramental es esencial cultivar una facultad que con frecuencia se olvida: la imaginación, que percibe el valor simbólico de las cosas (L. Granados). El quicio de esta perspectiva se encuentra en la condición corporal del hombre, por la cual éste participa de su ambiente y se halla constitutivamente en relación con los otros (J. Larrú): es la carne la que nos instala en la perspectiva sacramental.

Esta lógica creatural es asumida después por la Revelación. Todo el Antiguo Testamento (C. Granados), sembrado de signos, encauza el camino sacramental. Este culmina con la Eucaristía, alimento de inmortalidad, en que se muestra la profundidad de lo humano (J. Noriega) y se nos entrega a Jesús, pan de vida (L. Sánchez). El volumen se cierra planteando la cuestión educativa desde

el punto de vista sacramental (J.A. Granados): ¿cómo introducir a otros en esta perspectiva, cómo guiarles y acompañarles en ella? ¿No consiste en esto todo el toque y el arte del maestro?

Suena hoy, en la Iglesia, la hora de los sacramentos. Los sacramentos permiten vivir a la altura del tiempo, en cuanto nos sitúan a la altura de Cristo, medida del tiempo. Recordemos al Cristo *Cronocrator,* Señor del tiempo, que es frecuente ver representado en el arte románico y gótico, donde aparece rodeado de símbolos temporales: el Zodiaco, o las fatigas humanas de cada estación. Situándose en la perspectiva de los sacramentos la Iglesia puede, a la vez, realizar su vocación y ofrecer a los hombres un lugar donde estos se arraiguen y florezcan. Toda salida de sí de la Iglesia solo puede realizarse si ahonda en el lugar donde Dios la ha colocado, como sale de sí el árbol que, vigoroso en su tronco porque bien enraizado en el suelo, puede expandir ramas, hojas, frutos. A este espacio sacramental se refiere Diogneto cuando, describiendo la difícil presencia de los cristianos perseguidos en el mundo, afirma: "Dios les ha colocado en un lugar tan excelso, que no les está permitido desertar" (*Carta a Diogneto* 6,10).

José Granados – Juan de Dios Larrú
Roma, Madrid, 14 de septiembre de 2017,
en la festividad de la exaltación de la Santa Cruz

Nuestra cultura digital es rica en imágenes. Pero son imágenes pasajeras, inconexas, que dicen muy poco sobre nuestra vida, pues terminan siendo proyección de nosotros mismos. ¿No habrá, más allá de estas imágenes, otros signos, signos ricos en realidad, que nos descubran la grandeza del mundo que nos rodea? ¿Signos que nos pongan en relación con los otros, encontrándolos como son, en carne y hueso? ¿Signos duraderos, que nos enseñen a enlazar entre sí los distintos tiempos de nuestra historia? El cristianismo conoce esos signos: son los sacramentos. Entrando en ellos se descubre una nueva perspectiva, la perspectiva sacramental. Ganamos así ojos nuevos, luz nueva para alumbrar todas las cosas. ¿No es justamente esta luz la que está llamada a arrojar la Iglesia en nuestro mundo, mostrando cómo Cristo lleva a plenitud todo lo que hay de bueno, verdadero y justo?

.

ISBN: 978-84-1718-505-3

9 788417 185053